



Caminos de convergencia

AÑO IV

Abril de 2010

Nº 22

CELEBRACIÓN DEL AÑO SACERDOTAL (2009-2010)



MI EXPERIENCIA SACERDOTAL EN UN COLEGIO MARIANISTA

José María Garagorri

José María Osborne

MI EXPERIENCIA DE SACERDOTE MARIANISTA EN UN COLEGIO MARIANISTA

José María Garagorri, sm

Me pide Ramón una reflexión sobre mi vida de sacerdote en un colegio marianista. Llevo 30 años de sacerdote en dos colegios marianistas, Logroño y San Sebastián. Antes de ser sacerdote, fui diácono en un colegio marianista. Terminada la licenciatura en Friburgo en junio, aterricé siendo diácono en Logroño en agosto del 80. Había pospuesto mi ordenación para el mes de enero con el fin de hacerla con mi hermano Venancio que terminaba en diciembre su formación en Colombia.

Logroño era un colegio especial. Especial porque era internado; especial por ser un colegio pequeño (dos líneas de BUP y cuatro de COU, en colaboración con Jesuitas y Compañía de María Nuestra Señora, 400 alumnos, de los que algo más de un centenar, eran internos); especial por ser la comunidad, a diferencia de los grandes colegios en que hasta entonces había vivido, una comunidad reducida; especial por la mezcla de alumnos de procedencia rural y de procedencia urbana; especial por ser un colegio austero en el que la limpieza de aulas y patios dependía de los alumnos. Era especial porque hasta hacía muy pocos años había sido postulante y no era conocido en Logroño como Colegio. Además para aprovechar las instalaciones se quiso que fuera internado y había que ir a la caza y captura del interno. Es de agradecer el trabajo que aquellos años hicieron Teófilo Lejarza y Manolo Otaño con viajes de propaganda por todas las escuelas públicas de los pueblos de La Rioja. La transición de Postulante a Colegio fue dura porque económicamente andábamos muy justos. Ahora, 30 años después me parece algo casi de otro mundo: el ahorro de calefacción, la restricción del uso de agua caliente, la limitación del personal de limpieza y servicios...

Así que en Logroño y en enero del 81 debuté como sacerdote. Y desde el segundo curso, debuté también como Director del Colegio.

Yo había visto como alumno y como marianista el trabajo de los sacerdotes en nuestros colegios. Y en Logroño, procuré hacer aquello que había visto a tantos sacerdotes marianistas en los colegios. Por entonces, los sacerdotes en nuestros colegios eran, generalmente, responsables de la Dirección (del Colegio y de la Comunidad); daban clase, frecuentemente de Religión y de la asignatura de su especialidad; cubrían todas las actividades pastorales; y, además, hacían lo que podían y sabían, que no solía ser poco.

Creo que lo de llegar de diácono era un anuncio de lo que iba a ser mi vida (y la de todos los de la comunidad) en aquellos años de Logroño. Allí sí que había que currar; allí sí que había que servir.

La Rioja es tierra de gente sencilla, acogedora y cercana. Ignacio Sistiaga solía decir que La Rioja es la Andalucía del norte. Y los alumnos riojanos son acogedores y cercanos. El tópico dice también que son brutos y mal hablados. Con decir que yo, que entre mis muchos defectos tengo el de ser malhablado, me quedaba escandalizado de cómo hablaban los internos en el patio en sus tertulias nocturnas debajo de la ventana de mi despacho... Herederos de Berceo, amigos de hablar con todos, de hacerlo en lenguaje sencillo y rematarlo siempre con un vaso de vino; de Rioja, por supuesto.

Quiero fer una prosa en roman paladino,
en cual suele el pueblo fablar con so vezino,
ca no so tan letrado por fer otro latino:
bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino.

Empecé, pues, en Logroño mi vida sacerdotal; lo que Martín Descalzo definió como “una terrible aventura de amor”. En mi trabajo propiamente sacerdotal, al principio todo llevaba la emoción y el temblor del estreno. Las Eucaristías comunitarias y colegiales, las confesiones, los Ejercicios espirituales, las colaboraciones con la parroquia de Villamediana, era el ir tomando conciencia del misterio y de que en aquel campo, como en los demás, estaba al servicio del Pueblo de Dios.

No sé bien por qué nos llamaban mucho para confesar en los pueblos. Me sorprendía cómo las señoras en algunos pueblos empezaban con: “Pregúnteme, Padre”; luego siempre venía la alegría compartida del “Vete en paz”, aunque a veces, la visión de reojo de la cola que esperaba nublaba esa alegría.

El trato con los alumnos era fácil y sencillo. Creo que con los alumnos de otros colegios, que siempre al fin y al cabo son chavales, es, inicialmente, mucho más alambicado que en Logroño; a lo mejor es simplemente porque el internado hacía que estuvieras con chavales hasta en la sopa. Y nunca mejor dicho. Empezabas con la emisión de radio en la que, además de una reflexión diaria, había que hacerles una síntesis de las noticias del día y terminabas con la oración de la noche al acostarse.

El ser un colegio con un número de alumnos reducido y el hecho de que una buena parte fueran internos, permitía mantener un ambiente muy familiar en el Colegio. Permitía también poder preparar cantidad de actividades por el tiempo que tenían los internos para cualquier actividad: festivales, teatros, todo tipo de extraescolares, prácticas de astronomía, tertulias, etc. Recuerdo, al respecto unas Semanas culturales muy curradas sobre temas como el Cine, los Medios de Comunicación, el Deporte, la Paz, el Medio rural. Me pareció fascinante la última que hicimos sobre los Cameros.

Los alumnos rurales no son muy amigos de excursiones al campo o al monte; sin embargo y gracias al esfuerzo de José Miguel Arenaza y Samuel Forcada en un principio, se hizo durante muchos años, un campamento volante por el Pirineo de modo que cada tres años hacíamos todo el Pirineo de Huesca.

El alumno interno, de procedencia rural, de muy escasa formación y conocimientos, tenía, sin embargo, en un considerable porcentaje, unas ganas de saber, de aprender cosas nuevas, que yo no he visto habitualmente en alumnos externos.

El número reducido de alumnos del Colegio –COU solía ir al margen– permitía hacer actividades para todo el Colegio. Desde las Eucaristías de principio de curso, del día del Colegio y de ocasiones especiales, a fiestas conjuntas como la del día del Colegio. Recuerdo cómo rematamos un año el día del Colegio en una plaza de reses bravas en La Plana, y de los apuros que pasó nuestro consejero provincial de Pastoral con una vaquilla, tan pequeña, que se le coló en el burladero.

Los ejercicios espirituales eran en Santurde, cerca de Ezcaray. Los hacíamos el viernes por la tarde, el sábado y el domingo hasta después de comer. Era una paliza, pero sólo cinco o seis veces al año.

Ya por los primeros años 80 creamos unos grupos de fe que tuvieron una vida de varios años. Y que dieron sus frutos. En pocos años, un alumno, Hugo, marchó al prenoviciado, otro, al de los jesuitas y otra se hizo religiosa.

Yo, salvo lo propiamente sacramental, no creo que haya distintas funciones en el trabajo colegial para el marianista sacerdote o para el marianista no sacerdote. Creo que estamos todos al servicio del Colegio y de los alumnos. A ver si hacemos verdad aquello del evangelio de Lucas “...estoy entre vosotros como el que sirve” (22,27). Para mí es lo esencial de nuestro trabajo como Marianistas en un colegio.

Creo que la ubicación del colegio, fuera de la ciudad, a pesar de la dependencia del autobús o de la moto que creaba para los alumnos externos, resultaba muy positiva para el buen ambiente del Colegio. Poder pasear por la finca, ir a coger cerezas en primavera o ver las estrellas y escuchar al ruiseñor en el recreo de la noche era una maravilla.

A mí me impactó mucho lo bien que se conjugaba el binomio exigencia–cercanía en el internado. En eso Teófilo fue un auténtico maestro para mí.

Los padres de alumnos, particularmente de alumnos internos, eran de un nivel cultural bastante bajo. Me sorprendía todos los años la más que nutrida asistencia a la reunión anual que se hacía un domingo por la tarde.

Creo que otro de los factores positivos del Colegio resultó la convivencia entre alumnos rurales y alumnos urbanos. Entre éstos había alumnos de familias de la alta sociedad de Logroño, muchos fracasados en otros centros y alumnos de nivel social más bajo, como los del barrio de la Estrella, cercano al Colegio. De verdad esa heterogeneidad fue muy positiva.

Como la relación con los alumnos era buena, agradecían las entrevistas con ellos. A raíz de unos Ejercicios espirituales, o del informe del psicólogo, Paco Martínez, a los de tercero de BUP, como orientación universitaria con los de COU, para comentarles las notas o simplemente para charlar un rato; se hablaba y se hablaba mucho con los chavales. Era importante mantener el despacho abierto y hacerte presente en los patios.

El Colegio de Logroño por su calidad de Postulantado–Internado había sido la sede de las Asambleas Provinciales. Era –y es– también la sede de la fiesta de la fidelidad que todos los años celebramos y la semana de los Jubilares. Siempre ha sido una comunidad acogedora.

Para los marianistas de la Comunidad de Logroño, en los primeros años 80, años difíciles en la economía colegial, esa fiesta era un esfuerzo más. Esfuerzo que, a las órdenes de Miguel Ángel Ortega y con la ayuda de Luis Altuna y de las cocineras de Elorrio, M^a Sol Larrasquitu y Feli Ortiz de Barrón (q.e.p.d.), nos ocupaba los días anteriores al evento. La semana de los jubilares nos permitía conocer a los hermanos de la provincia de Madrid.

Aquellos años de Logroño tuve la suerte de conocer más a fondo a dos de la Provincia de Madrid. Uno a Jesús Yagüe, que era el explorador de las etapas pirenaicas, y a Joseto. A Joseto le tocó hacer la mili en Burgos y nos las arreglamos para que lo mandaran a Logroño. Iba al cuartel a primera hora, ayudaba a Misa, daba una clase de alfabetización y a las 11 ya estaba en el colegio cubriendo la baja de maternidad de la profesora de Educación Física y echando una mano con los internos y con cualquier actividad colegial. Siempre he dicho que la mili de Joseto fue una gracia de Dios para el Colegio de Logroño. Gracias a los dos.

En aquellos años riojanos redescubrí la piedad popular y las tradiciones cuando hacíamos los ejercicios espirituales de jueves santo a martes de Pascua en Santurde. Me impactó volver a vivir la procesión sencilla de la gente de aquel pueblo, la noche del viernes santo, vivida con fe y devoción. Los hombres se turnaban en llevar las andas del Cristo y las mujeres las de la Dolorosa. Y me impactó también mucho una pascua juvenil de los Mesianos en Sto. Domingo, junto a Santurde, a la que nos llamaron para confesar; cómo los jóvenes en un silencio impresionante se unían a una gran cruz mientras cantaban aquello de “No adoréis a nadie”...

También fue un descubrimiento positivo la vida monástica de los benedictinos en el monasterio de Valvanera. Solíamos tener trato entre las dos comunidades; bajaban ellos, subíamos nosotros, llevábamos a los chicos de peregrinación o nos llamaban para ayudarles con motivo de alguna peregrinación. Desde entonces, cuando puedo me escapo unos días por allí.

Tampoco todo fueron maravillas. Hubo un año en que la AP cambió de golpe a todos los marianistas que trabajaban en el Colegio menos a mí. Fue un año duro, pero vuelvo a decir que la gente se hizo a aquello y trabajamos mucho y con ilusión.

En el 92, el año de los milagros y las expectativas, en mayo se me declaró un vértigo de Menière y de postre, en junio, me anuncian el cambio de comunidad a San Sebastián.

Marchamos juntos aquel año Ignacio Sistiaga y yo, superior y director. Los profesores y los alumnos, en especial los internos de las promociones de aquellos años nos hicieron una entrañable comida de despedida que puso fin a doce años en los que me sentí como pez en el agua, a gusto y feliz. Pero también lo había estado en mis estancias bastante más cortas de Vitoria y Valencia

Sería injusto si no agradeciera a los hermanos de comunidad de aquellos años su trabajo, su entrega y su comprensión. Y creo que también el colegio de Logroño y la Provincia deben un agradecimiento a Arcadia Santos y M^a Paz Oregui, cocinera y responsable de la enfermería y ropería que tanto trabajaron y tanto aportaron al Colegio y a la Comunidad. Gracias.

Y en septiembre del 92 enfermo y pelín nostálgico de los doce años riojanos vuelvo a mi colegio de Aldapeta. Y de responsable de la Pastoral del Colegio. ¿Qué es eso?

Vuelvo a mi colegio. Todo me parece grande. Cada etapa, excepto infantil, es mayor que todo el cole de Logroño. Me encuentro con profesores que me dieron clase o que había conocido en mi anterior estancia de un año antes de Friburgo, y alumnos hijos de mis compañeros de clase. Alumnos que, de salida, marcan distancia, pero que la distancia va luego desapareciendo.

También me sorprende el volumen del claustro, seis veces mayor que el de Logroño. Es un claustro heterogéneo. No todos incondicionales. ¡En 10 años se van a jubilar 40 profesores!

El primer año en San Sebastián la enfermedad me come la moral y me achicopala. Me recluyo en casa y difícilmente salgo a la calle. Un día me hago el valiente y salgo a la ciudad. Acabo agarrado a un semáforo de la calle S. Martín pidiendo un taxi salvador que me lleve a casa.

La enfermedad me hace sentirme más en las manos de Dios. La gente es buena y te ayuda. Peregrino por varios médicos. Coinciden en el diagnóstico. "De esto no te vas a morir; paciencia". Aprendo a vivir con la enfermedad. Descubro un acupuntor, antiguo SJ, que me anuncia que no me quitará el vértigo, pero me repondrá el tono vital. Y lo hace. Gra-

cias, Javier. Algún año más tarde el Dr. García Ibáñez, antiguo de Valencia, me opera en Barcelona. Me opera; no me cura pero desaparecen los vértigos y, poco a poco, el oído. Era lo convenido.

Luego vendrán más líos de salud: la arritmia, y de ella la dependencia del sintrom, la hipertensión, me descubren un tumor renal y me quitan un riñón, goteras que me siguen haciendo saber en manos de Dios. Me da vergüenza tomar tantas pastillas. Y tengo que adelgazar; empiezo un plan el lunes y el martes ya se ha acabado...

Lo bueno de la operación de Barcelona fue que me permitió volver a organizar el campamento de verano. Yo había hecho campamentos desde que empecé en Vitoria en el 68; lo dejé cuando aparecieron los vértigos y en el 95 pude volver a Pirineos, al valle de Pineta aquel año. Me emocioné como un tonto al ver de nuevo las cascadas del Cinca en el circo de Pineta..

De mi venida a San Sebastián hay otro aspecto positivo: mis padres eran ya mayores y pude acompañarles y cuidarles en sus últimos años de vida.

La responsabilidad de la pastoral colegial en el Colegio de San Sebastián es sensiblemente menor que en otros colegios de la Provincia. Aquí por una antigua decisión diocesana no hay Primeras Comuniones ni Confirmaciones en los colegios, sino que se hacen en las parroquias, cayendo la responsabilidad de la preparación en las mismas parroquias. De todos modos, lo de la Pastoral supone una buena ocupación: las emisiones de la radio colegial, las Eucaristías colegiales de los miércoles, las confesiones, la campaña colegial, las peregrinaciones de mayo, las campañas del DOMUND y MANOS UNIDAS, los ejercicios espirituales, yo hacía lo de 1º y 3º de BUP, 10 tandas; y luego, parecidas cosas en el colegio de Belén. Las Fraternidades eran competencia del entonces director, primero Chema Felices y luego, Félix Erdocia.

Tuve la suerte de que al llegar a San Sebastián me encargaran de la Afiliación Marianista. En el trabajo pastoral encuentras gente maravillosa de una enorme calidad humana y de una fe sensata, sencilla y vivida con coherencia y profundidad. Y en la Afiliación he encontrado esa gente. Creo ha sido una gracia trabajar con los afiliados. Bueno, con los afiliados, y con los chavales y los antiguos...

A medida que voy olvidando los vértigos, voy normalizando mi vida. En el 96 tomo la responsabilidad de los mayores del Colegio, 3º de BUP y COU y dejo la Pastoral. Son casi 400 alumnos, casi como todo el Colegio de Logroño. Y con las clases, vuelve la responsabilidad de la organización, de la disciplina y de las actividades, que aunque menos que las de Logroño, son, naturalmente, de un volumen mucho mayor: festivales, teatro, tamborrada, campamentos de navidad y de verano, aulas de naturaleza. Y las entrevistas con chavales; me obligo a hablar en cada evaluación con todos; casi siempre lo consigo. Y los Ejercicios Espirituales con los de Tercero.

En el 2.001 nombran director del Colegio a Chema Alvira; se adelanta el capítulo General que lo nombra Asistente de Educación y, de rebote, me piden con urgencia que asuma la dirección del Colegio, al menos por un año.

Yo pensaba que la dirección de este Colegio iba a ser más compleja que la de Logroño; debo reconocer que en dos etapas he tenido dos Consejos de Dirección con gente extraordinaria que me lo han hecho sensiblemente más fácil. El no saber Euskera, el convivir en un ambiente politizado en el que a veces has de cuidar mucho lo que dices y cómo lo dices, el trabajo con el Comité de Empresa el primer año y mi ignorancia en temas de economía ha sido, quizá, lo más difícil. Cuando empiezo, la AP me da el susto de un resultado económico catastrófico; poco a poco lo vamos normalizando y, toquemos madera, la cosa se va arreglando. En este tema, al principio Paco Lejarza, Luis Ruiz Apilánez, y también Isidoro Armentia y Kakun Garmendia me han ayudado mucho.

Recuperamos alguna tradición colegial, como las orlas de cada promoción, el festival de Navidad, el viaje de fin de colegio a París y las publicaciones colegiales, un periódico trimestral que sustituye al “Reflejos” de mi tiempo de escolar y un anuario gráfico, que revive el “Ecos” de otros tiempos. El artífice de estas publicaciones fue Fede Ríos.

Es importante vivir en una casa que tiene más de 120 años. Pero un día son las goteras, otro caen tejas, y una noche un vendaval se lleva una buena parte del tejado del pabellón Santiago. En estos años se han tenido que cambiar todas las cubiertas de los distintos pabellones del Colegio.

En torno al 2.005 la Provincia da un paso importante al apostar por un Bachillerato en conjunto con otro Colegio en cuanto a organización y con otros cuatro Colegios como fuente de alumnos para ese bachillerato. Llevará el nombre de MCM, Marianistas-Compañía de María, que son los colegios que han creado este ente y al que colaboran enviando alumnos, considerándolo como continuidad de su ESO, los colegios de Belén (Hijas de María Inmaculada), Mary Ward, Carmelo y Jesuitinas. Marianistas mantiene la titularidad del Centro. Y, la verdad, estamos, por ahora, muy satisfechos del invento.

El claustro que ya era un claustro numeroso y súper heterogéneo como se ha dicho, ahora se hace mayor y, en consecuencia, el comité sindical aumenta hasta ocho componentes. Baja algún año de edad media y se hace ineludiblemente más femenino. Creo que poco a poco, al mejorar la situación económica, y al rejuvenecerse el claustro y con la calidad de algunos elementos del mismo ha mejorado mucho el ambiente y van quedando lejos pasadas tensiones. Creo que también el alumnado se ha hecho más femenino. Soy tutor del grupo sanitario de 1º de Bachiller y de 36 alumnos de la clase, 30 son chicas. Y así los últimos años. Y las matrículas de Bachiller de los últimos diez años han sido mayoritariamente femeninas.

Y va pasando el tiempo. Creo que no es una bilbainada poder decir con S. Pablo que “por la gracia de Dios soy lo que soy”. Cada mañana renuevo por triplicado mi consagración; al abrir la ventana de mi cuarto, mi consagración al Dios del Universo, al Dios creador;

cuando abro la puerta de mi cuarto ante las puertas de las habitaciones de los hermanos y el busto del Beato Chaminade, la consagración a la Compañía de María; y cuando abro la puerta de las escaleras al Colegio, el ruido me recuerda la consagración a mi misión. Noto que me voy haciendo mayor. Sesentón. Abuelete. Menos mal que, como dijo Juan XXIII “los años no cuentan para Dios, sino la intensidad del amor y del servicio”. Sigo sintiéndome en sus manos. Sigo a gusto y me gusta mi trabajo. Me gusta mi misión sacerdotal que en expresión de Teilhard es: “...y te ofreceré, yo, que soy tu sacerdote, sobre el altar de la tierra entera, el trabajo y el dolor del mundo”.

No puedo dejar de dar gracias a Dios cada día por la vida, por mi familia, por mi vocación marianista, por mi Colegio, por mi Comunidad, por mis compañeros de trabajo y por mis alumnos.

Los alumnos, algo menos religiosos cada año, hacen el milagro de mantener joven mi corazón; creo que siguen siendo lo mejor del Cole, como en Logroño, como en cualquier colegio.

José María Garagorri, sm

EL SACERDOTE EN LA MISIÓN MARIANISTA DEL COLEGIO

José María Osborne, sm

Con motivo del «Año Sacerdotal» me invita mi Provincial a escribir mi experiencia como sacerdote que da clases y ejerce su ministerio en un Colegio. No sé cómo saldrá y si le interesará a alguien, pero me pongo al ordenador para transmitir mi sencilla pero maravillosa experiencia colegial, docente y sacerdotal que ha llenado de felicidad la gran parte de mi vida.

Lo primero es dar muchas gracias a Dios y a la Compañía por confiar en mí y haberme permitido ser profesor (desde septiembre del 67, en San Felipe) y profesor y sacerdote (desde septiembre del 76 en Amorós). He sido enormemente feliz transmitiendo a mis alumnos mucho amor a la vida, desde la Biología, la Religión y – en los primeros años – también desde las Matemáticas. Aunque a veces me ha dado cierta pereza, la verdad es que nunca me ha costado, sino todo lo contrario, he deseado que llegase el 15 de septiembre, o cada lunes de la semana. Con algunas penosas excepciones –que recuerdo muy bien pero sin acritud (como diría un famoso paisano mío)– entrar en clase, saludar y animar a los chicos (¡cuántas veces al empezar un tema, aunque fuera algo rollo, les decía: ¡qué tema tan maravilloso vamos a trabajar!), y que me contaran lo que sabían del tema; con todo ello ya me predisponía a tomarme con ilusión mi tarea de profesor.

Particular importancia tiene la clase de Religión. Por un lado, porque hoy, para muchos niños y adolescentes, es en nuestras clases de Formación Religiosa donde les llega –y a no pocos por “primera vez”– el anuncio personal y vivido del Evangelio de Jesús. Por otro lado los «conocimientos» que tratamos de transmitir (con la ilusión de que los descubran, vivan y disfruten) no los dejarán aquí, sino que los acompañarán para siempre en la vida presente y eterna: “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo” (Jn 17,3).

Con mayor o menor éxito, he tratado de ser ese marianista y sacerdote educador con el que nos entusiasmaron desde el Escolasticado: buen profesor, hombre de fe, maestro de humanidad, creador de fraternidad, potenciador de solidaridad, sembrador de auténtica felicidad y firme esperanza, empeñado en el mayor bien de mis alumnos y –en la medida de lo posible– guía espiritual.

1. Yo quería llegar a ser el mejor profesor según mis limitadas posibilidades intelectuales y mis mejores capacidades de relación cordial con mis alumnos. Como nos repetían en Carabanchel, educar es el arte de sacar del interior de cada alumno lo mejor de sí mismo. ¡Cuántas veces le habré dicho a un alumno: “Ánimo, «monstruo», que tú eres fenomenal y seguro que puedes”!, con la ilusión (no pocas veces al menos vislumbrada) de ver que ponía en ejercicio sus potencialidades y la esperanza de que llegase a ser ese hombre o esa mujer geniales en quienes el Padre Dios soñó desde el primer instante en que llegaron a este mundo, tan complicado como maravilloso.
2. Hombre de Fe, porque no se puede dar lo que no se tiene. Los profesores de Religión recibimos del Obispo un precioso ministerio: participar o colaborar de su misión de evangelizar a través de las clases que impartimos. Y aunque la fe sólo Dios puede concederla ha querido contar con nosotros como humildes instrumentos de su gracia en la transmisión de esa fe del corazón, capaz de transformar la vida entera de quien la recibe, la cuida y la acrecienta. De ahí que el profesor de Religión debe ser una persona con experiencia de Dios, entusiasmado con y desde la fe. Es maravilloso ver en los Hechos de los Apóstoles, el entusiasmo con que les predicaban incluso a los jueces que les van a condenar, a los carceleros que les vigilan o a los que encuentran camino del martirio. Estaban convencidos, entusiasmados («en-Theos», «llenos de Dios») y eso se nota y se contagia. Aquí, aún más que en otras materias, el profesor va dejando parte de su vida en sus alumnos, «da vida», enseña desde lo que vive. Si vivimos a Dios transmitiremos a Dios y, según lo vivamos, así lo transmitiremos.
3. Maestro de Humanidad. “Y creó Dios al hombre, a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó” (Gén 1,27). Qué maravilla es contemplar al hombre con el que Dios soñó y que llega a su plenitud con su Hijo Jesucristo. Uno quisiera llegar a ser así y se entusiasma con la sola ilusión de serlo. Amor sin fingimiento, cordialidad, estimando en más a los otros, alegres en la esperanza, serenos en las dificultades, compartiendo los problemas de los demás, hospitalarios, devolviendo bien por mal al hablar bien del que de nosotros mal habló, alegres con los que se alegran y llorando con los que lloran, humildes y sencillos, constructores de paz (cf. Rm 12,9-18). Pacientes, serviciales, magnánimos, educados, comprensivos, justos y caminando en verdad (cf. I Cor 3,4-8). Amorosos, alegres, pacíficos, afables, bondadosos, fieles, serenos, señores de la propia vida (Gál 5,22). Podríamos seguir mostrando la auténtica humanidad con otros maravillosos textos (Ef 4,1-3; Col 3,1-15, etc). Cuando con estos textos trabajado con los alumnos y aplicados a la sociedad actual, se les dice: «así fue Jesucristo; así nos sueña el Padre Dios; así deberíamos ser los cristianos», se les deja caer estas dos preguntas: ¿Dónde se puede encontrar mayor carga de humanidad? ¿A quién no le gustaría llegar a ser así? ¿No es maravilloso y “superatrayente” llegar a ser un hombre o mujer con ese estilo de vida?

4. Creador de Fraternidad. Por encima de la relación profesor-alumno, el educador cristiano se siente hermano de sus hermanos y trata de hacer de cada clase una experiencia de fraternidad. El profesor no se hace niño, ni adolescente, ni joven; no lo es ni creo que sea bueno intentarlo. Él es adulto y ellos niños, adolescentes y jóvenes. Pero su actitud ante ellos, y la que despierta en sus alumnos, son relaciones de fraternidad.

No sólo al comienzo del curso, sino varias veces a lo largo de él, les solía recordar: ¡nos pertenecemos los unos a los otros! Dios nos ha puesto a nuestro lado a otras personas y nos ha dicho: «¡cuídalas, que son mis hijos, tus hermanos!». “En esto conocerán que sois mis discípulos: en que os amáis los unos a los otros como yo os he amado.” (Jn 13,35).

Y, desde el sentirse hermanos de los compañeros (especialmente del que fracasa o está solo) les va abriendo a la fraternidad universal soñada por el Padre Dios para toda la humanidad. Así aprendemos todos a ver los acontecimientos de la vida cercana y lejana desde el sentirse hermano de todos y, especialmente, de los maltratados por la vida y el egoísmo humano.

5. Potenciador de Solidaridad. “Lo que hicieris al más pequeño de mis hermanos, a mí me lo hacéis.” (Mt 25,40). «Al caer de la tarde se te preguntará por el amor» (San Juan de la Cruz). Si el amor no se traduce en compromiso concreto de ayuda, la misma vida se vacía de contenido. Desde la sencilla y pequeña experiencia de solidaridad con los problemas y necesidades de la propia familia, de los compañeros de clase, del «Proyecto Ayuda» del Colegio, de los amigos de la pandilla..., el profesor va llevando a sus alumnos a vivir para los demás desde una vida más exigente, sacrificada (no tener miedo a emplear este término) y austera. De ese modo se les puede ir preparando para que -en su momento- participen en el Voluntariado Juvenil al entregar con alegría, gratuidad y generosidad parte de su tiempo y la totalidad de su persona.
6. Sembrador de Felicidad y Esperanza. No me cabe duda que Dios nos ha creado para que seamos felices, y ya desde esta existencia terrena. No una felicidad limitada y pasajera como, con frecuencia, nos ofrece nuestra sociedad. Una felicidad auténtica, honda y permanente. A este propósito me encantaba comentar con los alumnos la despedida del rey David moribundo a su hijo Salomón: “Yo emprendo el camino de todos. ¡Ten valor y sé hombre! (señal de que no es fácil llegar a serlo). Guarda lo que Yahvéh, tu Dios, te manda guardar. Así tendrás éxito en cuanto emprendas” (I Reyes 2,2-3). Dios nos quiere felices y bien realizados en este mundo y, para que lo consigamos, nos da su gracia que es verdad y fuerza de vida.

Por otro lado, ¡ya está bien que niños y jóvenes oigan noticias negativas y tengan la sensación de que todo anda mal y sin remedio! Hay que decirles que desde que Jesucristo resucitó de la muerte, este mundo tiene arreglo. La Resurrección de Jesús viene

a ser la gran voz del Padre a la Humanidad diciéndole: «Mi Hijo tenía razón, sus palabras son de vida». El carácter realístamente optimista del cristiano no nace de estudios sociológicos o económicos, ni de proyectos humanos, sino de las últimas palabras de Jesús en la tierra: “Sabed que yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.” (Mt 28,20). O bien, en palabras de San Pablo: “Si Dios está con nosotros ¿quién contra nosotros? (...) Pero en todo esto salimos más que vencedores gracias a Aquel que nos amó” (Rm 8,31.37.).

7. Empeñado en el Bien de sus alumnos. El profesor de Religión es portador de un maravilloso proyecto de vida plena. Desde su propia experiencia de Dios y su plan de salvación, expone (¡no impone!) su propio proyecto cristiano (en mi caso de religioso marianista y sacerdote) y con entusiasmo anima a sus alumnos a ponerse en búsqueda de lo mejor. Da testimonio de que la religión, el seguimiento de Jesús, las ciertamente exigencias del Evangelio, no son una carga pesada, una obligación a cumplir, sino la alegría de caminar con Dios como compañero de viaje y la seguridad de saber hacia dónde quiero caminar para llegar a una vida plena y feliz.
8. Guía Espiritual. Por experiencia personal mi corazón conoce que en la vida del espíritu es –y siempre será– Dios quien lleva la iniciativa. Al menos los sacerdotes, todos los días rezamos en Nona “Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas. Es inútil que madrugéis, que veléis hasta muy tarde, que comáis el pan de vuestros sudores: ¡Dios lo da a sus amigos mientras duermen!” (Sal 126, 1-2). Por eso creo que en la vida espiritual no se trata tanto de hacer (aunque debemos poner todo el interés posible) como de «dejarse hacer por Dios». Por eso el profesor de religión, no digamos si es religioso y/o sacerdote, debe ser maestro en el arte de la reflexión y de la oración, de dejarse inundar por la gracia en los sacramentos y de aceptar con serenidad y paz interior los propios pecados y fracasos. La fe se transforma en confianza plena en la acción de Dios en su vida entera. Contarlo con verdad y humildad a los alumnos convierte al profesor en el maestro de vida interior para los niños, adolescentes y jóvenes que le fueron confiados.

A este propósito, confieso mi fracaso en casi todos los intentos de crear ambiente para un «acompañamiento personal», la «dirección espiritual» que recibimos cuando éramos alumnos y que tanto nos pudo ayudar. Con algunas pocas excepciones, vienen a consultarte un problema personal o familiar puntualmente y sin ningún planteamiento de periodicidad.

He hablado de mi experiencia como profesor en las clases. Lógicamente como sacerdote he disfrutado mucho en la celebración de los sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación, así como en la predicación de los Ejercicios Espirituales o las Convivencias presentando a los alumnos la maravilla del Dios que tenemos capaz de llenar por completo nuestra hambre de felicidad y plenitud.

No quiero terminar sin señalar que ha sido el colegio mi mejor plataforma de evangelización. Desde el colegio he podido llegar no sólo a los alumnos, sino a sus padres, a los compañeros profesores y demás personal del centro y, con enorme frecuencia, a muchos antiguos alumnos que se acercan para charlar un rato, para consultarte sobre una situación difícil, o para pedirte que celebres su boda o el bautizo de sus hijos. ¿Quién da más?

Rezo para que el Señor complete con su gracia, en aquellos que me fueron confiados, lo que mis fallos, pecados y torpezas han impedido en la obra que Dios quería hacer en ellos a través de mi pobre persona.

José María Osborne, sm